

**Landesbibliothek Oldenburg**

**Digitalisierung von Drucken**

**Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha**

En Quatro Tomos

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Londres, 1738**

Capitulo LXVI. Que trata de lo que vera el que lo leyere, o lo oyra el que lo escuchare leer.

**urn:nbn:de:gbv:45:1-1686**

## CAPITULO LXVI.

*Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oyrá el que lo escuchare leer.*

**A**L salir de Barcelona bolvió Don Quixote à miràr el sitio donde avia caydo, y dixo: Aquí fuè Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía se llevó mis alcançadas Glorias; aquí usò la fortuna conmigo de sus bueltas, y rebueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí finalmente cayò mi ventura para jamas levantàrse. Oyendo lo qual Sancho, dixo: Tan de valientes coraçones es, Señor mio, tenèr sufrimièto en las desgracias, como alegría en las prosperidades, y esto lo juzgo por mi mismo; que si, quando era Governador, estàva alegre, aora que sòy escudero de à pie, no estòy triste; porque he oido dezir, que esta que llaman por à *Fortuna*, es una muger borracha, y antojadiza, y sobre todo ciega, y assi no vè lo que haze, ni sabe à quien derriba; ni à quien ensalça. Muy Filosofo estàs, Sancho, respondiò Don Quixote, muy à lo discreto hablas, no sè quien te lo enseña. Lo que te sè dezir, es, que no ày fortuna en el mundo, ni las cosas que en el fuceden buenas, ó malas que sean, vienen à caso, sino por particular providencia de los Cielos; y de aquí viene lo que suele dezirse, que cada uno es artifice de su ventura. Yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necessària; y assi me han salido al Gallarìn mis presunciones, pues deviera pensàr, que al poderòso Grandor del cavallo del de la blanca Luna no podìa resistir la flaqueza de Rozinante.

T O M. IV.

R r

Atrevime



Atrevíme en fin ; hize lo que pude ; derribàronme ; y aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perdèr la virtud de cumplir mi palabra. Quando era Cavallero andante, atrevido, y valiente, con mis obras, y con mis manos acreditava mis hechos ; y aora quando foy Escudèro pedestre, acreditarè mis palabras, cumplièndo la que di de mi promessa. Camina, pues, amigo Sancho, y vàmos à tenèr en nuestra tierra el año del noviciàdo, con cuyo encerramiento cobrarèmos virtud nueva para bolver al nunca de mi olvidado exercìcio de las armas. Señor, respondiò Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar à pie, que me mueva, è incite à hazèr grandes jornadas : Dexèmos estas armas colgadas de algun arbol en lugar de un ahorcado y ocupando yo las espaldas del ruzio, levantàdos los pies del fuelo, harèmos las jornadas, como vueffa mercèd las pidiere, y midière ; que pensàr, que tengo de caminar à pie, y hazèr las grandes, es pensàr en lo escusado. Bien has dicho, Sancho, respondiò Don Quixote : Cuelguense mis armas por Trofeo, y al pie dellas, ó al rededor dellas gravarèmos en los arboles lo que en el Trofeo de las armas de Roldan estàva escrito.

Nadie las mueva,  
Que estàr no puèda  
Con Roldan à pruèva.

Todo esso me parece de perlas, respondiò Sancho, y fino fuèra por la falta que para el camino nos avia de hazèr Rozinante, tambien fuèra bien dexàrle colgado. Pues ni èl,  
ni

ni las armas, replicò Don Quixote, quiero que se ahorquen, porque no se diga, que à buen servicio mal galardón. Muy bien dize vueſſa merced, respondiò Sancho, porque ſegun opinion de discretos la culpa del aſno no ſe ha de echàr à la albarda; y pues deſte ſuceſſo vueſſa merced tiene la culpa, caſtigueſe à ſì miſmo, y no rebienten ſus iras por las yà rotas, y ſangrientas armas, ni por las manſedumbres de Rozinante, ni por la blandura de mis pies, querièdo que caminen mas de lo juſto. En eſtas razones, y platicas ſe les paſò todo aquel dia, y aun otros quatro ſin ſucedèrles coſa, que eſtorvãſſe ſu camino: Y al quinto dia à la entrada de un lugar hallaron à la puerta de un Meſon mucha gente, que por ſer fieſta ſe eſtàva allí ſolaçàndo. Quando llegava à ellos Don Quixote, un labrador alçò la voz dizièdo: Alguno deſtos dos Señores, que aquí vienen, que no conocen las partes, dirà lo que ſe ha de hazèr en nueſtra apueſta. Si dirè por cierto, respondiò Don Quixote, con toda rectitud, ſi es que alcanço à entendèrſe. Es pues el caſo, dixo el labrador, Señor bueno, que un vezino deſte lugar, tan gordo que peſa onze arrobas, deſafiò à corrèr à otro ſu vezino, que no peſa mas que cinco. Fuè la condicion, que avian de corrèr una carrèra de cien paſſos con peſos iguales; y avièndole preguntado al deſafiador, como ſe avia de igualar el peſo, dixo, que el deſafiado que peſa cinco arrobas, ſe puſieſſe ſeys de hierro acueſtas, y aſſi ſe igualarìan las onze arrobas del flaco con las onze del gordo. Eſſo no, dixo à eſta ſazon Sancho antes que Don Quixote respondièſſe, y à mi, que hà pocos dias que ſalì de ſer Governador, y juez (como todo el mundo

R r 2

ſabe)



fabe) toca averiguàr estas dudas, y dar parecèr en todo pleyto. Responde en buena hora, dixo Don Quixote, Sancho amigo, que yo no estòy para dar migas à un gato, segun traygo alborotàdo, y trastornàdo el juyzio. Con esta licencia, dixo Sancho à los labradores, que estàvan muchos al rededor dèl la boca abièrta, esperàdo la sentencia de la fuya: Hermanos, lo que el gordo pide, no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna; porque si es verdàd lo que se dize, que el desafiado puede escogèr las armas, no es bien que este las escoja tales, que le impidan, ni estòrven el salir vencedor; y assi es mi parecèr, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entrefaque, pula, atilde, y faque feys arrobas de sus carnes de aqui, ó de allì de su cuerpo, como mejor le parecière, y estuvière; y desta manera quedando en cinco arrobas de peso, se igualarà, y ajustarà con las cinco de su contrario, y assi podrà correr igualmente. Voto à tal, dixo un labrador que escuchò la sentencia de Sancho, que este Señor ha hablado como un bendito, y sentenciàdo como un Canònigo; pero à buen seguro, que no ha de querèr quitàrse el gordo una onza de sus carnes, quanto mas feys arrobas. Lo mejor es que no corran, respondiò otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descàrne: Y echese la mitad de la apuesta en vino, y llevèmos estos Señores à la tàberna de lo caro, y sobre mi la capa quando llueva. Yo, Señores, respondiò Don Quixote, os lo agradezco, pero no puedo detenèrme un punto; porque pensamiètos, y suceffos tristes me hazen parecèr descortes, y caminàr mas que de passò, y assi dando de las espuelas à Rozinante, passò adelante, dexàndolos admirados

mirados de avè visto, y notàdo assi su estraña figura, como la discrecion de su criado (que por tal juzgàron à Sancho) y otro de los labradores dixo: Si el criado es tan discreto, qual deve de fer el amo? Yo apostarè, que si van à estudiàr à Salamanca, que en un *Tris* han de venir à fer Alcaldes de Corte; que todo es burla, fino estudiàr, y mas estudiàr, y tenèr favor, y ventura, y quando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeça.

AQUELLA noche la passaron amo, y moço en mitad del campo al cielo raso, y descubièrto, y otro dia figuiendo su camino vièron que hàzia ellos venia un hombre de à pie con unas alforjas al cuello, y una azcona, ó chuzo en la mano (propio talle de correo de à pie,) el qual como llegò junto à Don Quixote, adelantò el passo, y medio corriendo llegò à el, y abraçandole por el muslo derecho (que no alcançava à mas) le dixo con muestras de mucha alegria: O mi Señor Don Quixote de la Mancha, y que gran contento ha de llegàr al coraçon de mi Señor el Duque, quando sepa, que vuestra mercèd buelve à su Castillo, que toda via se està en èl con mi Señora la Duquèssa! No os conozco, amigo, respondiò Don Quixote, ni sè quien sòys, si vos no me lo dezis. Yo, Señor Don Quixote, respondiò el correo, sòy Tosilos el lacayo del Duque mi Señor, que no quise pelear con vuestra mercèd sobre el casamiènto de la hija de Doña Rodriguez. Vålame Dios, dixo Don Quixote, es possible que sòys vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en esse lacayo, que dezis, por defraudàrme de la honra de aquella batalla? Calle, Señor  
bueno,



bueno, replicò el correo, que no hùvo encanto alguno, ni mudança de rostro; tan lacayo Tofilos entrè en la escacada, como Tofilos lacayo falì della: Yo pensè casarme fin pelear, por avèrme parecido bien la moça; pero sucediòme al revès mi pensamiento, pues assi como vuestra merced se partiò de nuestro Castillo, el Duque mi Señor me hizo dar cien palos por avèr contravenido à las ordenanças que me tenia dadas antes de entràr en la batalla; y todo ha paràdo en que la muchacha es yà Monja, y Doña Rodriguez se ha buuelto à Castilla, y yo voy aora à Barcelona à llevàr un pliego de cartas al Virrey, que le embia mi amo. Si vuestra merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sè quantas rajitas de queso de Tronchon, que serviràn de llamativo, y despertador de la sed, si à caso està durmiendo. Quiero el embite, dixo Sancho, y echese el resto de la cortesia, y escancie el buen Tofilos à despecho, y pesàr de quantos encantadores ày en las Indias. En fin dixo Don Quixote, tu eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tofilos contrahècho. Quèdate con el, y hàrtate; que yo me irè adelante poco à poco, esperàndote à que vengas. Riòse el lacayo; desenvaynò su calabaza; desalforjò sus rajas, y facando un panecillo, el y Sancho se sentàron sobre la yerva verde, y en buena paz, y compañía despavilaron, y dièron fondo con todo el repuesto de las alforjas con tan buenos alientos, que lamièron el pliego de las cartas, solo porque olia à queso. Dixo Tofilos à Sancho: Sin duda este tu amo, Sancho amigo, deve de  
sèr